



CUENTOS
de
SIEMPRE
como nunca
* SE HAN *
CONTADO

PRESENTADOS POR
ESPIDO FREIRE

ILUSTRACIONES DE
RAQUEL LAGARTOS

ANAYA

1.ª edición: noviembre 2022

© Del texto: Espido Freire, 2022
© De las ilustraciones: Raquel Lagartos, 2022
© Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
Traducción: Ana Alonso (Leprince de Beaumont),
Enrique Bernárdez (Andersen), Joëlle Eyheramonno y Emilio Pascual (Perrault),
Fernando Santos (Jacobs), María Antonia Seijo (Grimm)

ISBN: 978-84-143-1924-6
Depósito legal: M-23786-2022
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

6	PRÓLOGO
9	CAPECUCITA ROJA
15	LA CENICIENTA
25	LA SIRENITA
45	RAPONCHICO
53	LA BELLA Y LA BESTIA
67	LA HISTORIA DE LOS TRES CERDITOS
73	PULGARCITO
83	LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE
93	EL CATO CON BOTAS
101	BARBA AZUL
109	BLANCANIEVES
121	HÄNSEL Y GRËTEL
131	EL VALIENTE SOLDADITO DE PLOMO
139	EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR
147	LA PEQUEÑA CERILLERA

PRÓLOGO

Ven: te voy a contar un cuento.

Es posible que creas que ya eres mayor para eso, que los cuentos solo los escuchan niños muy pequeños, tanto que a veces ni siquiera saben leer por sí mismos. Déjame que te diga que estás en un error: los cuentos clásicos, que a menudo se llaman *cuentos maravillosos*, o *cuentos de hadas* aunque no aparezcan hadas en ellos, fueron pensados para transmitir sus conocimientos a todas las edades, a pequeños y a mayores. En realidad, funcionan como pequeñas fórmulas mágicas que se repiten siempre de la misma manera, palabra tras palabra, una y otra vez.

Los cuentos nos hablan del miedo, de la soledad, del valor, de la perseverancia, de que la bondad obtiene siempre su recompensa y la maldad, su castigo. Te consuelan cuando te sientes solo frente a un mundo que te asusta, y te animan a que sigas en busca de aventuras, porque siempre habrá alguien que te ayude a conseguir tu misión.

Como se memorizaban, estas historias han perdurado durante siglos. Como tratan los temas más importantes que pueden afectar al ser humano, siguen manteniéndose jóvenes y frescos. Como emplean preciosas imágenes y símbolos eternos (princesas, héroes, animales, oro, plata y varitas mágicas), nos siguen atrapando como el primer día.

Cada uno de esos cuentos comienza con una fórmula mágica, como si susurraras un hechizo a una puerta cerrada: *Érase una vez...*, y para que la puerta quede bien sellada de nuevo, cuando finalices debes añadir: *Y colorín colorado*,

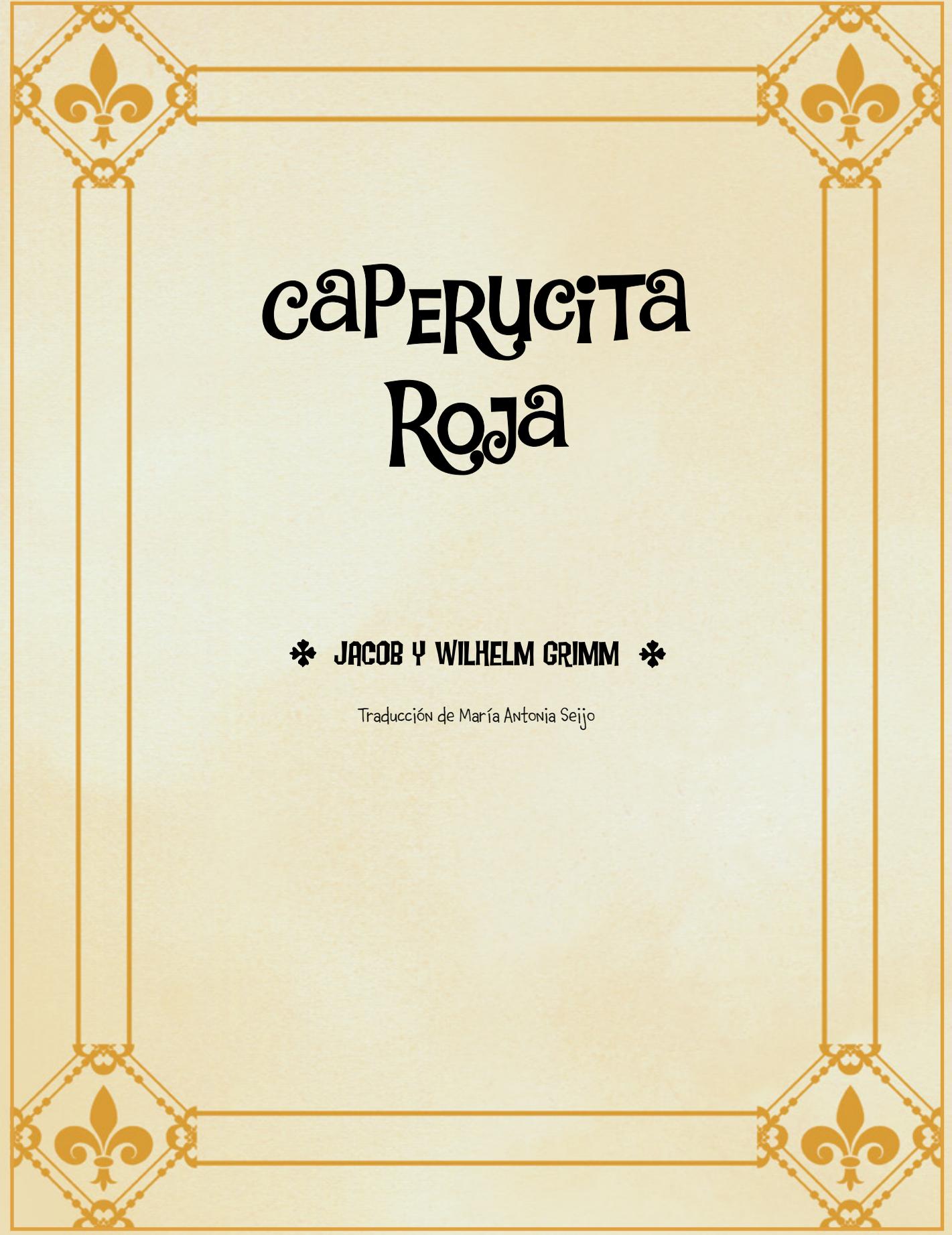
este cuento se ha acabado. Mientras te encuentres allí no existe ni el tiempo ni el espacio: los cuentos ocurren hace mucho tiempo, en un reino muy muy lejano. Así ha sido desde el inicio de los siglos, y así continuará cuando tú seas mayor y se los repitas a tus hijos o a tus nietos.

Algunos de estos cuentos proceden de Egipto, de Rusia, o de los Países Nórdicos. Otros vienen de Arabia, otros surgen de historias populares que ocurrieron en un pueblo cerca de donde naciste. La mayoría lleva el nombre de quien los reunió y escribió para que no se olvidaran, aunque otros nacieron de la imaginación de un autor. Así, te familiarizarás con nombres como Charles Perrault, un abogado francés del siglo xvii que recopiló numerosos cuentos populares. O los alemanes Jacob y Wilhelm Grimm, dos hermanos del siglo xix que emplearon gran parte de su vida en ordenarlos y adaptarlos. O Hans Christian Andersen, de Dinamarca, que escribió muchos otros. Sea como sea, todos los cuentos han crecido por encima de quienes los inventaron, como un gran árbol protector.

Aquí están algunos de mis preferidos: los he leído centenares de veces y cada vez descubro un detalle nuevo. Es posible que conozcas las versiones más recientes de algunos de ellos, un poco distintas: ahora leerás las historias antiguas y originales, que poseen más fuerza y más poder, y estoy segura de que te van a gustar muchísimo.

Ahora ven: voy a contarte el primero de ellos...

ESPIDO FR.EIR.E



CAPERUCITA ROJA

✱ JACOB Y WILHELM GRIMM ✱

Traducción de María Antonia Seijo

ESPIDO FREIRE NOS CUENTA QUE...

La historia de Caperucita Roja y su peculiar relación con su abuelita, el lobo y el cazador ha sido contada en toda Europa, sobre todo en Francia, desde la Edad Media. De hecho, aunque yo te presento la versión que los hermanos Grimm escribieron en 1857, porque es la más conocida y la más leída en todo el mundo, Charles Perrault había escrito la suya ciento sesenta años antes.

El inicio del cuento, en el que el único ser fantástico que encontramos es un lobo que habla, no varía: una niña sin nombre, a la que llaman Caperucita porque le han regalado una capa roja, se interna en el bosque para llevarle comida y bebida a su abuela. El problema surge cuando se deja distraer por un desconocido, un lobo astuto que solo busca engañarla.

En las historias más antiguas Caperucita se nos muestra como una joven a la que mueve, sobre todo, la curiosidad. El final en esos cuentos es muy cruel, porque el lobo se sale con la suya, y por eso prefiero la versión de los Grimm, que lo cambiaron y suavizaron un poco. En esta variante vemos a Caperucita como una niña pequeña e ingenua, pero ella y el cazador lograrán que el lobo reciba su merecido por haber atacado a esa familia.

Este cuento nos habla de que debemos tener mucho cuidado con cómo nos manipulan las personas desconocidas. Fíjate en que el problema de Caperucita no surge tanto porque haya hablado con el lobo o haya sido amable con él, sino porque se olvida de lo que su madre le ha recomendado y se deja influir por las palabras de alguien a quien no conoce. Nos da también una lección acerca de cómo a menudo no somos capaces de ver lo que tenemos delante de nuestros ojos: aunque un lobo disfrazado difícilmente se parecerá a nuestra abuela en camisón, Caperucita no es capaz de adivinar lo que ha pasado mientras ella perdía el tiempo yendo por el camino más largo.

Hay padres que prefieren no contar este cuento a sus hijos, porque consideran que pueden transmitirles miedo y desconfianza hacia otras personas. En mi opinión, «Caperucita Roja» nos habla de que existen peligros reales en el mundo y de cómo hay que prevenirse frente a ellos, porque de lo contrario las consecuencias pueden ser muy serias para nosotros y para quienes nos quieren. Y tú, ¿qué opinas?



Erase una vez una pequeña y dulce muchachita, que en cuanto se la veía se la amaba, pero sobre todo la quería su abuela, que no sabía qué darle a la niña. Un buen día le regaló una caperucita de terciopelo rojo y, como le sentaba muy bien y no quería llevar otra cosa, la llamaron *Caperucita Roja*. Un día la madre le dijo:

—Ven, Caperucita, aquí tienes un pedazo de pastel y una botella de vino; llévaselo a la abuela, que está enferma y débil, y se sentirá aliviada con esto. Prepárate antes de que haga mucho calor y, cuando salgas, ve con cuidado y no te apartes del sendero, si no, te caerás y romperás la botella, y la abuela se quedará sin nada. Y cuando llegues no te olvides de darle los buenos días, y no te pongas a curiosear antes por todas las esquinas.

—Lo haré todo bien —dijo Caperucita a su madre, y le dio la mano a continuación.

La abuela vivía muy dentro del bosque, a una media hora de distancia del pueblo. Cuando Caperucita llegó al bosque, se tropezó con el lobo. Pero Caperucita, que aún no sabía lo mal bicho que es el lobo, no tuvo miedo de él.

—Buenos días, Caperucita Roja —dijo él.

—Muchas gracias, lobo.

—¿Adónde tan temprano, Caperucita?

—A ver a la abuela.

—¿Qué llevas debajo del delantal?

—Pastel y vino. Ayer lo hicimos. Con esto la abuela, que está algo débil, se alimentará y se fortalecerá.

—Caperucita, ¿dónde vive tu abuela?

—Todavía a un buen cuarto de hora andando por el bosque. Debajo de tres grandes encinas está su casa.

El lobo pensaba para sí: «Esta joven y tierna presa es un dulce bocado y sabrá mucho mejor que la vieja; tengo que hacerlo bien desde el principio para cazar a las dos». Siguió andando un rato junto a Caperucita Roja y luego dijo:

—Caperucita, mira las hermosas flores que están alrededor de ti, ¿por qué no echas una ojeada a tu alrededor? Creo que no te fijas en lo bien que cantan los pajarillos. Vas como si fueras a la escuela, y aquí en el bosque es todo tan divertido...

Caperucita Roja abrió los ojos y, cuando vio cómo los rayos del sol bailaban de un lado a otro a través de los árboles y cómo todo estaba tan lleno de flores, pensó: «Si le llevo a la abuela un ramo de flores, se alegrará; aún es pronto y podré llegar a tiempo».

Y se desvió del sendero, adentrándose en el bosque para recoger flores. Cogió una y, pensando que más adentro las habría más hermosas, cada vez se internaba más en el bosque. El lobo, en cambio, se fue directamente a casa de la abuela y llamó a la puerta:

—¿Quién es?

—Caperucita Roja, traigo pastel y vino. Ábreme.

—¡Mueve el picaporte! —gritó la abuela—. Estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo movió el picaporte, la puerta se abrió y él, sin decir una palabra, fue directamente a la cama de la abuela y se la tragó. Luego, se puso sus vestidos y su cofia, se metió en la cama y corrió las cortinas.

Entre tanto, Caperucita Roja había seguido buscando flores. Y, cuando ya había recogido tantas que no las podía llevar, se acordó de nuevo de la abuela y se puso de nuevo en camino de su casa. Se asombró de que la puerta estuviera abierta, y, cuando entró en la habitación, se encontró incómoda y pensó: «Dios mío, qué miedo tengo hoy, cuando, por lo general, me gusta estar tanto con la abuela». Exclamó:

—Buenos días. —Pero no recibió contestación.

Luego fue a la cama y descorrió las cortinas; allí estaba la abuela con la cofia tapándole la cara, pero tenía una pinta extraña.

—¡Ay, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

—Para oírte mejor.

—¡Ay, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

—Para verte mejor.

—¡Ay, abuela, qué manos tan grandes tienes!

—Para cogerte mejor.

—¡Ay, abuela, qué boca tan enormemente grande tienes!

—Para devorarte mejor.

Apenas había dicho esto, el lobo saltó de la cama y se zampó a la pobre Caperucita Roja.

Después de que el lobo hubo saciado su apetito, se metió de nuevo en la cama, se durmió y comenzó a roncar con todas sus fuerzas. El cazador, que



pasaba en ese preciso momento por la casa, pensó: «Cómo ronca la anciana; tendrías que ir a ver si necesita algo». Y cuando entró en la habitación y se acercó hasta la cama, vio que el lobo estaba dentro:

—¡Ah, estás aquí, viejo pecador! —dijo él—. ¡Tanto tiempo como llevo buscándote!

Entonces, quiso cargar su escopeta, pero pensó que el lobo podía haber devorado a la abuela, y a lo mejor aún se la podía salvar, así que no disparó, sino que cogió las tijeras y comenzó a rajar al lobo la barriga.

Cuando había dado unos cuantos cortes, salió la muchacha y dijo:

—¡Huy, qué susto tenía! En la barriga del lobo estaba todo muy oscuro.

Y luego salió la abuela también viva, aunque casi no podía respirar. Caperucita Roja cogió rápidamente unas piedras, con las que llenaron la barriga al lobo. Cuando este despertó, quiso irse saltando, pero las piedras eran tan pesadas que se cayó y murió.

A consecuencia de esto, estaban los tres muy felices. El cazador le quitó al lobo la piel y se la llevó a casa; la abuela se comió el pastel y bebió el vino que había traído Caperucita Roja y se recuperó de nuevo. Caperucita Roja pensó: «Ya no te volverás a desviar en toda tu vida del camino si tu madre te lo ha prohibido».

Se cuenta también que, una vez, Caperucita Roja le llevó de nuevo a la abuela pastas, y otro lobo le habló y la quiso desviar del camino. Caperucita Roja se guardó de hacerlo y siguió directamente su camino, y le dijo a la abuela que se había encontrado con el lobo, que le había dado los buenos días, pero que la había mirado con tan malos ojos que si no hubiera estado en un lugar público, la hubiera devorado.

—Ven —dijo la abuela—, vamos a cerrar la puerta para que no pueda entrar. Poco después, llamó el lobo y gritó:

—¡Abre, abuela, soy Caperucita Roja y te traigo pastas!

Ellas permanecieron en silencio y no abrieron la puerta. El cabeza gris dio varias vueltas alrededor de la casa. Finalmente, saltó al tejado y quiso esperar hasta que Caperucita Roja se fuera por la noche a casa; entonces, él la seguiría y se la zamparía en la oscuridad. Pero la abuela se dio cuenta de lo que le rondaba por la cabeza. Ante la casa había una gran artesa de piedra, y le dijo a la niña:

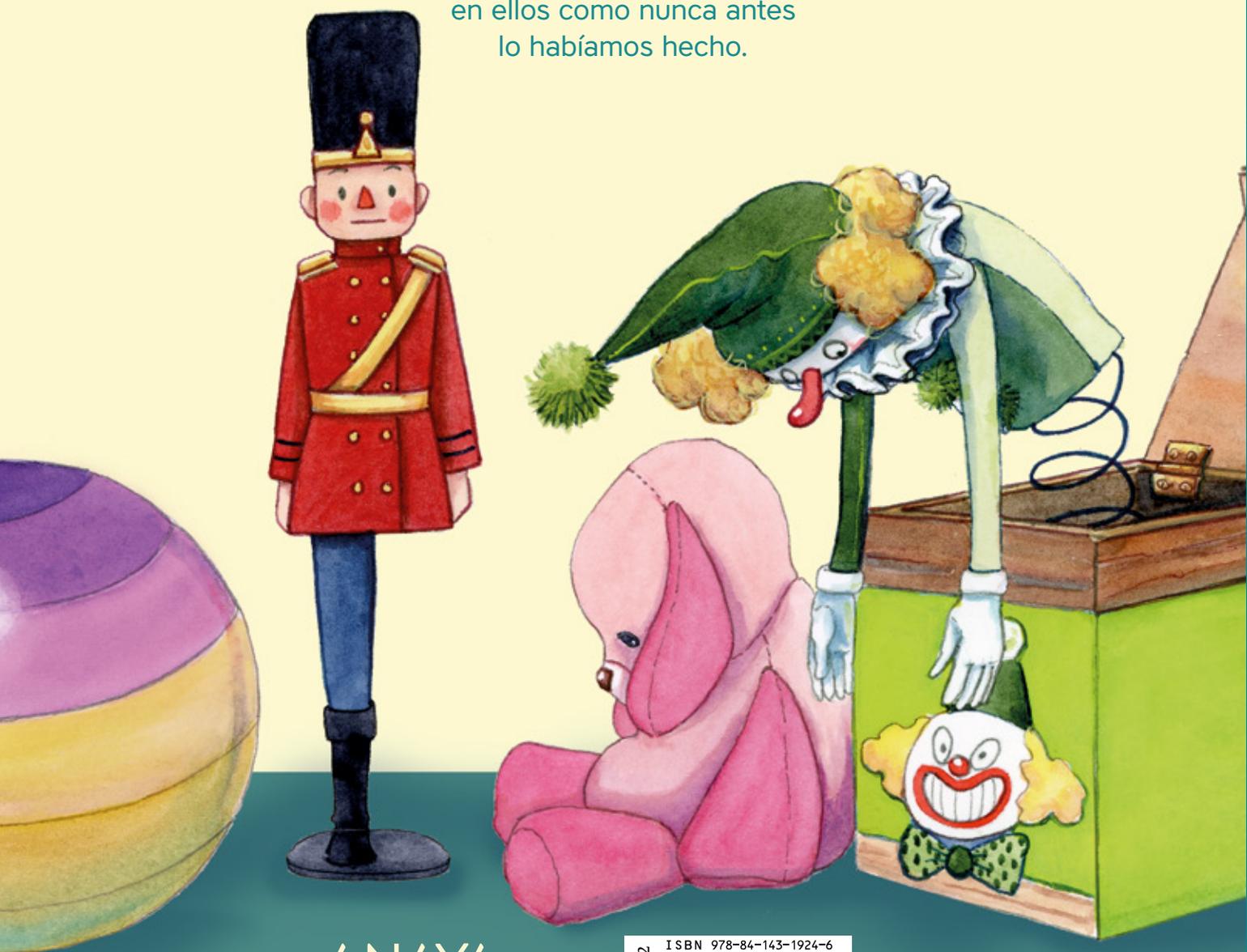
—Coge el cubo, Caperucita; ayer cocí salchichas, trae el agua en la que las he cocido y échala en la artesa.

Caperucita Roja trajo agua hasta que la gran artesa estuvo llena. Luego, empezó el olor de las salchichas a llegarle a la nariz al lobo, que olisqueó, miró hacia abajo, y finalmente estiró tanto el cuello que no pudo sujetarse más y comenzó a resbalar, de modo que se cayó del tejado precisamente dentro de la artesa y se ahogó. Caperucita Roja se fue feliz a casa y nadie le hizo daño.

Cuentos clásicos con introducción y comentarios de Espido Freire.

TODOS HEMOS LEÍDO O NOS HAN LEÍDO CUENTOS CLÁSICOS
DE PEQUEÑOS, PERO ¿SABEMOS CÓMO SURGEN,
DÓNDE O POR QUÉ PERDURAN EN EL TIEMPO?

Espido Freire analiza en esta antología quince
de sus cuentos clásicos favoritos y nos abre
una puerta mágica para que nos adentremos
en ellos como nunca antes
lo habíamos hecho.



ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com

1541232 ISBN 978-84-143-1924-6
9 788414 319246